

## Postdata a la España del Cid

**A**L revisar mi libro *La España del Cid* para su traducción alemana, hallo que, en general, las reseñas hechas de él vienen a coincidir en la idea que G. Cirot expresó diciendo “le Cid de Dozy, le condottiere, est mort” (1), pero hay entre ellas una excepción, la del doctor J. A. Van Praag (2), de la Universidad de Amsterdam, quien cree que voy algo demasiado lejos en la censura de su compatriota, el ilustre orientalista (pág. 24).

No creo ceder al señor Van Praag en admiración hacia Dozy; varias veces en mi libro he encomiado la diligente y profunda erudición, el arte expositivo del escritor holandés, pero esto no quita para que también haya puesto en evidencia cómo ese arte mismo, un poco simplista, inclinado a notas subidas y contrastes chillones, le apartaba a veces de la verdad documental (véan-

---

(1) *Bulletin Hispanique*, XXXI, 1929, págs. 356-361, y XXXIII, 1931, págs. 47-52.—Entre otras reseñas véanse las de Ezio Levi, en *Studi Medievali*, 1930, págs. 163-169. K. Vossler, en *Deutsche Literaturzeitung*, 1930, col. 1263-1267. D. B. Macdonald, en *American Historical Review*, oct. 1930, pág. 112 s. P. Rassow, en *Historische Zeitschrift*, 145, Band, págs. 602-605. M. Bataillon, en *Revue de synthèse historique*. L. Gillet, en *Revue des Deux Mondes*, oct. 1931, págs. 691-704.

(2) *Huidige Opvattingen over den Cid der Historie*, door Mr. Dr. J. A. Van Praag, Groningen-Den Haag, 1930, 31 págs.

se en especial mis págs. 38, 44, 47, 709). Y esta censura mía parece aprobarla tácitamente Van Praag, desde el momento en que no piensa en defender las opiniones de Dozy sobre el Cid violador de iglesias, sanguinario, perjuro, etc. Van Praag defiende sólo una trinchera de segunda línea, sugiriendo que los príncipes cristianos no parecen siempre tener una idea de reconquista ni el Cid a veces parece un representante eminente de esa idea.

Dice Van Praag, lleno siempre de benevolencia hacia mi trabajo, que el dibujo que Dozy hace del Cid palidece al lado del retrato que yo hago, si bien en éste el retratado se halla un poco favorecido (pág. 24). Yo, fiado en esa benevolencia, haré algunas observaciones, esperando mostrar al señor Van Praag que yo favorezco menos de lo que Dozy caricaturiza, y aún que no favorezco nada.

Que el Cid en muchos actos no parece un caudillo de reconquista, sino un mero perseguidor de las riquezas de los moros. A esto replica ya el señor W. J. Entwistle (1) que una forma previa de reconquista era precisamente el cobro de tributos en las tierras musulmanas incluídas en la zona territorial reservada a la influencia de un príncipe cristiano, lo que yo llamo explotación tributaria de los reinos de taifas. Esto, en general; pero además he de añadir que habiendo yo reconocido expresamente la ambición de tesoros en el Cid (ambición por lo demás esencial en todo hombre de empresas) no hallo bien fundada ninguna de las apreciaciones de Van Praag tendientes a ver en el Cid un ambicioso sin idea política de reconquista.

No ve Van Praag que obren como reconquistadores ni el Cid ni García Ordóñez en Sevilla y Granada,

---

(1) Reseñando la publicación de Van Praag, en *Medium Ævum*, Oxford, May 1932, págs. 64-67.

respectivamente, durante los preliminares del destierro del Cid (pág. 9); pero, a mi vez, no comprendo como se puede desconocer que ambos guerreros trabajan por el imperio de Alfonso VI, “super omnes Hispanie nationes”.

En las págs. 16-17, los complicados tratos del Cid con los Reyes de Zaragoza y Lérida y con Alfonso VI, Berenguer y Sancho Ramírez, no ve el señor Van Praag sino príncipes moros y cristianos que se disputan el botín; pero es el historiador árabe Ben Alcama quien nos dice que Alfonso VI conviene con el Cid la sumisión del Levante, un plan de reconquista (mis págs. 377-380 y siguientes) y es Ben Bassam quien dice que el rey de Zaragoza ve en el Cid, situado en Valencia, un antemural contra los almorávides (mi pág. 439), alta empresa de reconquista también.

Tampoco puede ver Van Praag, pág. 22, en la toma de Valencia una venganza política de la muerte de Alcádir. ¡Pero si no soy yo, es Ben Alcama quien afirma reiteradas veces ese propósito del Cid de vengar la muerte del rey protegido suyo! (mis págs. 464, 556).

En las págs. 21-22 Van Praag halla una contradicción en el carácter del Cid cuando rehusa un regalo de Ben Yehhaf de cantidades mal adquiridas por confiscación (mi pág. 518), y luego, después de la sentencia de Ben Yehhaf reparte las riquezas de éste entre sí y los suyos (mi pág. 552). Es que en medio de estos dos episodios hay otro (mi pág. 523) que Van Praag ha descuidado: el Cid devuelve a los perjudicados lo que Ben Yehhaf les había confiscado; y después lo que el Cid se apropia y reparte es el tesoro de dos señores sucesivos de Valencia que él tiene por derecho de conquista. Se trata, pues, de riquezas de muy distinto origen.

Y las demás observaciones que reitera Van Praag contra la idea de reconquista —que Sancho el Mayor no hizo nada por ella; que Fernando I luchó con su herma-

no; que los hijos de Fernando I pelean entre sí y con Ramiro de Aragón en vez de pelear contra moros— todas se fundan en pensar que una empresa tan difícil y lenta como la de hacer que el islam retrocediese en España cuando en el imperio bizantino avanzaba sin cesar, una empresa de siglos habían de tenerla los españoles como una obsesionante idea fija y habían de jurar no comer pan a manteles ni pensar en ambiciones e intereses hasta verla realizada.

Creo que esto basta (1) para llamar la atención hacia algunas páginas de mi libro no bastante consideradas. Por lo demás, no tengo sino motivos de agradecimiento hacia el señor Van Praag, sobre todo porque no se ha limitado a manifestar vagamente su disentimiento, sino que ha determinado sus puntos de disconformidad, permitiéndome así exponer algunas razones en breve respuesta. Y aprovecho esta ocasión para indicar también aquí, con igual gratitud, otro reparo especial que me hace el señor A. Jeanroy en su reseña de mi libro (2), porque es semejante, aunque más concretamente explicado, a los reparos hechos por Van Praag y puede servir de apoyo a mi respuesta. Después de reconocer Jeanroy que la conducta del Cid desterrado fué “parfaitement correcte”, respecto de su rey, en circunstancias muy penosas, halla, sin embargo, una ocasión en que tal conducta es bastante enigmática: “En 1092, Alfon-

(1) Observaciones de pormenor. En la pág. 8, Van Praag me atribuye la opinión de que los reinos de taifas carecían de un espíritu nacional, y es Ben Jaldún quien lo dice. En las págs. 10-11, quizá interpretando exageradamente la ambigüedad del verbo “someter” que yo uso en mi pág. 304, me atribuye la idea de que el Cid ejercía soberanía en Zaragoza, cuando yo digo tan sólo que ejercía una especie de protectorado; ni yo digo que el Cid propusiera a Berenguer someter Zaragoza a Castilla. Pero sería largo continuar.

(2) En la *Revue Critique d'hist. et de littérat.*, tome 64°, Juin 1930, pág. 259.

se tenta contre Valence un effort qu'il espérait sans doute décisit..., or le Cid, au lieu d'accourir à son secours, choisit ce moment pour aller ravager, dans la Rioja, les terres de son ennemi Ordóñez, ce qui amena le roi à lever le siège pour aller dégager son favori. Le Campeador eût-il agi autrement s'il eût voulu se réserver à lui-même la conquête de cette ville...?" No; y evidentemente el Cid quería reservarse esa conquista, que ya tenía hecha en la forma previa de cobrar tributos; quería conservar aquella zona de influencia que el mismo rey le había concedido hacía tres años; la cual tenía sometida completamente, y sabía que Alfonso no podía someterla, como los sucesos demostraron en seguida. En mis págs. 318 y 442 doy los textos jurídicos del *Fuero Viejo*, *Partidas* y *Fuero de Navarra*, que explican el enigma aludido por el señor Jeanroy: el Cid, para hacerse respetar en las tierras concedidas por el rey, tenía dos caminos legales. El primero era presentarse al rey, auxiliarle en la guerra y suplicarle; pero ya le había ofrecido su auxilio generosamente cuando lo de Rueda, en que el rey, como ahora, ofendía también al protegido del Cid (ahora Alfonso exigía en Valencia cinco anualidades de los tributos debidos al Cid), y de nada le había servido; segunda vez había acudido en auxilio contra Granada, también en vano; sería necedad un tercer intento. Quedaba el segundo camino legal: la fuerza; cuando un infanzón desterrado ofrecía al rey su auxilio en guerra y no era perdonado (el auxilio del Cid desagradecido violentamente en Ubeda el año anterior) debía él, según el fuero, hacer cuanto daño pudiera en la hueste, en los castillos y en la tierra del rey; tampoco esto haría el Cid, pues nunca quiso atacar a su soberano. Y, sin embargo, necesitaba hacer un escarmiento; de ahí que atacase las tierras de García Ordóñez, el favorito del rey. Creo que la conducta del Cid respecto a su rey

sigue siendo, no sólo correcta, sino mesurada, en comparación con la de tantos héroes de la epopeya española y francesa que, desterrados por su rey, le combaten enérgicamente.

Dicho esto haré aún otra observación al trabajo de Van Praag, allí donde compara de pasada la actitud del Cid a la del Condestable de Borbón con Francisco I (pág. 21). Me parece que esto es volver a desentenderse, igual que Dozy, de todas las circunstancias históricas. Teniéndolas en cuenta, resulta insostenible la comparación: 1.º Borbón no era un desterrado como el Cid, sino simplemente un ofendido. 2.º Borbón fué un ofendido implacable que no aceptó desagrazios ofrecidos por el rey, mientras que el Cid trató muchas veces de desagraziar al rey y fué el rey el implacable. 3.º Borbón peleó contra su rey, sin un apoyo jurídico, mientras el Cid, aunque tenía reconocido por los fueros el derecho como desterrado a combatir a su rey, nunca le combatió; solo peleó contra el favorito del rey, y una sola vez. Van Praag olvida mis págs. 37 y 442, que, si no, reconocería con el señor Entwistle en el Cid "his sublime personal loyalty to Alfonso", o con L. Gillet vería que la vida del Cid no era, a pesar de circunstancias adversas, sino "une longue fidélité". Sin duda el Cid más que un Borbón fué un Bayardo desdichado, cuya fidelidad no pudo brillar pura porque tuvo la desgracia o la gloria de ser envidiado por el poderoso emperador.

R. MENÉNDEZ PIDAL.